

**DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE RECEPCION
DEL PREMIO REY JUAN CARLOS DE ECONOMIA,
INSTITUIDO POR LA FUNDACION CELMA PRIETO**

Andreu Mas

Madrid, 1989

Majestad:

El jurado del premio de Economía que lleva el nombre de su Majestad y que concede la Fundación Celma Prieto ha tenido a bien otorgarme la segunda edición del mismo. Lo acepto, evidentemente, con gran placer y agradecimiento, pero también con sorpresa y perplejidad. Puesto que yo podía esperar, no cabe sino suponer que ha sido la intención del jurado fijar, al comienzo de su andanza, unos límites anchos a lo que este premio entiende por economista.

Quizá el jurado no ha querido olvidar que entre los economistas los hay de dos especies, los macroeconomistas y los microeconomistas. Los primeros, que por cierto abundan en esta casa, están muy bien representados en mi ilustre antecesor, el profesor Luis Angel Rojo. Por exclusión, yo quedaría clasificado entre los segundos. Pero no. No creo que sea esta la intención del jurado. El contraste entre nosotros no es tan grande. Aunque a veces parece que macroeconomistas y microeconomistas pensemos distinto (o al menos a mí siempre me parece que los macroeconomistas piensan más rápido) lo cierto es que compartimos el mismo lenguaje.

Es más probable que el jurado haya querido subrayar que la economía como proyecto intelectual es una empresa colectiva informada, como tantas cosas, por el principio de la división del trabajo. En ella unos economistas se ocupan de aspectos relativamente inmediatos y prácticos y otros, los teóricos, nos entretenemos con tareas de clarificación conceptual un tanto abstractas. Yo creo que nos apoyamos mutuamente. El economista aplicado, o más orientado hacia la política económica, recurre con frecuencia a los marcos creados por economistas más teóricos. A su vez, el trabajo teórico será finalmente baldío si no mantiene una línea abierta con la eco-



nomía aplicada. Verdad es que esta línea de transmisión puede ser larga e indirecta. Los economistas teóricos y aplicados deberíamos comunicarnos más. Hablando por los primeros admitiré que el trabajo de fundamentos tiende a ser, hoy en día, matemático y que el perfeccionismo y la pasión por la obra bien hecha son partes integrantes del bagaje matemático. En ocasiones uno puede ensimismarse en la contemplación de la belleza de una ecuación dinámica. Esto es inevitable y, si se es consciente de ello, no muy grave.

Hay una tercera posibilidad y es que el jurado haya querido hacer constar la importancia del aspecto académico de nuestra disciplina. Evidentemente el jurado anda muy acertado en esto pero no se nos escapa ni a mí, ni seguramente a los miembros del jurado, ni a ustedes, que al concretar este aspecto en mi persona nos estamos moviendo en terreno resbaladizo. Como ustedes saben yo he desarrollado mi actividad académica y docente casi exclusivamente fuera de España. El que este detalle, por así decirlo, me haya sido perdonado revela una considerable amplitud de miras, produce mi profundo agradecimiento y es sintomático, sin duda, del espíritu internacionalista que hoy preside tantos aspectos de la vida española.

¡Cuánto ha cambiado España desde 1986, el año en que me fui! Mi predecesor en esta distinción, el profesor Luis Angel Rojo, dedicó hace dos años algunas de sus palabras a este gran tema: el de la transformación de España. Mi disertación se centrará más en contenidos propios de la economía como disciplina, pero aun así no puedo resistir dedicar al tema unos diez minutos. Lo haré en clave autobiográfica. Si soy en exceso anecdótico o sentimental les pido disculpas.

Decidí ser un economista no recuerdo muy bien porqué. Eran los estudios mas humanísticos que podían cursarse con un Bachillerato de Ciencias y parecían, también, una carrera segura a mi familia (en esto no se equivocaban). Pero quisiera pensar que hubo algo más. Era a principios de los años sesenta y en la mente de muchos adolescentes los estudios económicos eran nuevos y se ofrecían como una vía para la comprensión y la transformación de una realidad que se percibía como mezquina e injusta. La verdad es que de economía sólo conocía un excelente libro introductorio de los profesores Fuentes Quintana y Velarde Fuertes. Lo estudié bajo la absurda advocación de «formación del espíritu nacional», un signo si cabe de que una España sensata estaba surgiendo ya bajo el cascarón de la otra.

La Universidad de aquellos tiempos tenía muchos defectos pero también algunas virtudes. Había un inexhaustible afán por aprender y un intensísimo espíritu de debate entre los estudiantes, los suficientes buenos profesores para evitar las peores deformaciones del autodidactismo, y bibliotecas donde siempre encontré lo que buscaba, desde los clásicos del marxismo a los clásicos de la economía matemática. El clima político y social de aquellos años fomentaba el espíritu crítico. A veces éste se encasquillaba en nociones tan peregrinas como que la economía posterior a

1860 era vulgar, incluyendo en esto a toda la microeconomía, o que el álgebra lineal era progresivo, mientras que las derivadas eran conservadoras, etc. Pero eso era más que nada ignorancia y ya se sabe que ésta, cogida de joven, se puede curar. El mundo oficial era tan gris y mediocre que las ansias de rigor y modernidad eran irresistibles. Cultivando estas ansias algunos de nosotros hemos terminado, ya ven, economistas matemáticos.

Quisiera dedicar dos palabras a mis profesores. En la Universidad de Barcelona tuve algunos de gran categoría. Podría hablar del Dr. Jordi Nadal (el hombre a quien nadie tutea. Vi una vez una lista de invitados a una cena en la Autónoma de Barcelona que empezaba así: Narcís Serra, Pasqual Maragall, Dr. Jordi Nadal) o de Fabián Estapé, recientemente retirado en olor de multitud. Pero lo haré del que ya no está entre nosotros, de Manuel Sacristán, una de las tres o cuatro personas que en diferentes etapas de mi vida han tenido mayor influencia intelectual sobre mí. Manuel Sacristán era hombre de extraordinaria inteligencia y cultura, sus convicciones eran profundas y su moralidad inquebrantable. Fue, entre otras muchas cosas, autor del primer libro de texto español sobre lógica formal. Su mente era acerradamente analítica y de él aprendí, precisamente, la confianza en el poder del análisis racional y la admiración por el método científico. En mis años por esos mundos he visto en acción a muchos maestros del pensamiento contemporáneo. Más de una vez he pensado que Sacristán no les era inferior, que su vida y su obra, con toda su brillantez pero también con toda su incompletud y accidentalidad, son un ejemplo de la enorme distorsión que aquellos años grises indujeron en la vida intelectual de nuestro país. Quede aquí constancia, por parte de uno que se fue a completar su educación a otras tierras, que fueron maestros como Sacristán los que nos dieron la motivación y la preparación indispensables para seguir adelante.

Les ahorraré enterarse de cómo fue que terminé licenciándome por la Universidad de Valladolid (es decir, por Bilbao) y no por la de Barcelona, y pasaré a explicarles que tuve la fortuna (a decir verdad a la fortuna la ayudamos un poco) de cumplir mis obligaciones militares en Madrid, aquí enfrente, en el Ministerio de Marina. Por cierto, que la única experiencia práctica de economista de mi vida la tuve ahí. Me tocó llevar la contabilidad del pañol de obras, aunque creo recordar que cillo fue más por catalán que por economista. Digo que tuve la fortuna porque ello me permitió incorporarme al seminario que en la Complutense dirigían los Profesores Varela y Rojo, entonces recién regresado de Londres y embebido del pensamiento de Keynes (y de Popper y de tantas y tantas cosas nuevas). En él también participaban el Profesor Fuentes Quintana y, como estudiantes, muchos de los economistas que desde la Administración y la Universidad serían años más tarde protagonistas de la renovación económica del país. Fueron para mí dos años gloriosos y debería, en justicia, deshacerme en elogios de lo que fue aquel seminario. No lo haré porque, en primer lugar, todo el mundo lo sabe y, en segundo lugar, porque estando algunos de sus promotores en la audiencia se me subirían los colores a la

cara. Repetiré simplemente lo que ya he dicho en alguna otra ocasión, que para valorar su atractivo considérese que de mi curso en la Universidad de Barcelona fuimos al menos cinco los que nos desplazamos desde esta ciudad para participar en él. Y ya se sabe que a los barceloneses nos cuesta trasladarnos a Madrid al menos tanto como a los madrileños trasladarse a Barcelona.

En 1968 me fui a la Universidad de Minnesota a seguir estudios de postgrado. La beca fue facilitada por los profesores Rojo, Varela y Heller y por el aceite de soja. El reparto de responsabilidades no lo tengo muy claro. Así que, gracias a todos ellos. Al profesor Rojo le costó un poco librarse de mí. Tuvo que empujar para que me admitieran en Minnesota y después ayudarme a coseguir el pasaporte. Este me fue denegado primero en Barcelona (no creo que la idea fuera evitar la fuga de científicos), pero con una carta suya lo conseguí al fin en la Puerta del Sol, tras visitar una oficina de nombre curioso, se llamaba Dirección de Asuntos Arabes y Especiales.

Mi experiencia americana y la de otros muchos como yo indica que algo bueno debe hacer la Universidad española. Llegado allí el estudiante español no se encuentra en absoluto en condiciones de inferioridad. Cualquier sentimiento de ¿qué hago yo aquí? desaparece pronto (en casos extremos se transforma en ¿qué hacen estos aquí?). Por lo que a mí se refiere una cosa llevó a la otra y me quedé atrapado en EE.UU. Al principio siempre sale a cuenta postergar un año la vuelta al país. Luego uno se despierta un día y se encuentra completamente establecido allí. En la jerga técnica de los economistas (incluso de los macroeconomistas) a esto se le llama un fallo de la condición de transversalidad.

Debo dejar muy claro que no puedo justificar mi ausencia en la falta de puesto de trabajo. Oportunidades de volver a la Universidad española las he tenido. La primera fue una oferta de los Profesores Sardá Dexeus y Serra Ramoneda para incorporarme a la recién fundada Universidad Autónoma de Barcelona.

Tampoco me atrevo a decir que lo que yo haya podido contribuir en el campo de la investigación fuera de España no lo hubiera podido hacer desde Barcelona o Madrid. Hubiera sido más difícil pero no imposible. La prueba es que otros lo han hecho y lo están haciendo. Son muchos los que han vuelto después de sus estudios en el extranjero y han desarrollado aquí una distinguida labor investigadora, en la Universidad o en centros tan notables como el Servicio de Estudios del Banco de España. Me disculparéis que no dé nombres, pero no son pocos. Soy muy consciente de que su labor tiene mucho más mérito que la mía.

La Universidad española ha cambiado mucho en estos veinte años. A un lector de la prensa española, sobre todo de la prensa de Madrid, se le hace pronto evidente que la Universidad anda hoy un tanto desprestigiada. Creo firmemente que

hay algo de injusticia en este dictamen. No seré yo, Dios me libre, el que diga que la Universidad española no necesita apoyos y una inyección notable de recursos (sobre todo si éstos se pueden repartir discriminadamente). Pero sí diré que si miráis a la Universidad española en su conjunto encontraréis mucho de aprovechable y que cualquier noción de que haya que empezar de cero no está justificada. El material rodante puede que ande un poco maltrecho y vapuleado, pero el ancho de vía ya es el europeo.

España necesitará en los próximos años una multiplicación del número de economistas aplicados con alto nivel de preparación técnica, de especialistas sectoriales, de gestores públicos con mentalidad empresarial y, claro está, de empresarios. Esta tarea de formación exigirá equipos docentes de calidad. Tales equipos existen. El sistema universitario español (público y privado), junto a instituciones públicas, tales como el Banco de España, ha cumplido su misión a este respecto. Repito, de cero no hay que empezar.

Mis obligaciones docentes empiezan pronto, así que mañana me toca regresar a Cambridge. Afortunadamente Cambridge no está lejos y es fácil seguir los derroteros de nuestro país desde allí. También lo es colaborar con sus economistas. ¿Nostalgia?, sí, pero en esto mis sentimientos son los del poeta (que, justo es decirlo, hablada desde el exilio):

«Avui en terres de França
i demà mes lluny potser
no em moriré d'anyorança
ans d' anyorança viuré».

Esta debe ser una disertación de cuarenta y cinco minutos. Me dijeron que ni uno menos y trataré que no sea ni uno más. En este tiempo lo apropiado es entrar un poco en materia. Me propongo, pues, ofrecerles unos breves comentarios al hilo de los tres grandes temas mencionados por el jurado al concederme la distinción: la teoría de la elección social, la teoría del equilibrio general y la teoría de los juegos.

En el ámbito de los objetivos normativos de la ciencia económica al economista le interesa, por un lado, evitar el despilfarro económico, es decir, conseguir la eficiencia económica. Por otro, le importa dilucidar cómo los beneficios de ese gran sistema de cooperación económica que es la sociedad moderna se distribuyen entre sus miembros. En consecuencia, el quehacer del economista teórico se proyectará tanto hacia el estudio de la asignación eficiente de recursos como de las leyes de distribución del producto social. Este último es el campo propio de la teoría de la elección social.

La primera pregunta ha hacerse es si realmente hay leyes de distribución, en el sentido de reglas totalmente inflexibles y deterministas. O, dicho de otra forma,

¿hay margen para elegir a través del sistema político entre distintos regímenes de distribución? La vida sería quizá más tranquila para el político si tal margen de elección no fuera posible. Elegir es comprometerse. Mucho me temo que la premisa de la teoría de la elección social es que la elección es posible. Hay, al fin y al cabo, sociedades que son más igualitarias que otras. Un experimento mental útil para convencerse de que la esfera política tiene una profunda influencia distributiva es considerar el problema de la deuda externa del tercer mundo, y preguntarse si el impacto distributivo que está teniendo sería concebible si la deuda no fuera internacional sino interna a una misma unidad política y monetaria. La inexistencia de una unidad política a escala mundial tiene sin duda que ver con que la desigualdad entre naciones sea más extrema que la desigualdad interna de un país típico.

No es misión del economista determinar la sociedad ideal. Su misión, y obligación, es evaluar los costes y beneficios de las distintas políticas. El político debe elegir pero también debe saber qué elige. Así, por ejemplo, si hablamos de políticas de distribución articuladas por la vía de los impuestos el economista deberá hacer notar que quíerese o no éstos interfieren con la eficiencia productiva y que, en consecuencia, la sociedad ideal estará alejada tanto de la eficiencia perfecta como de la igualdad completa. Pero entre estos límites hay un margen amplio para la elección.

Algunos economistas han alegado que una sociedad muy igualitaria puede tener problemas de crecimiento. Se aducen, fundamentalmente, efectos negativos, ya sobre el ahorro, ya sobre el esfuerzo. No parece que sea éste un hecho empíricamente claro. Seguramente habría que hacer una distinción, que no es fácil de hacer, entre la distribución de la propiedad y la de la renta. Hay sociedades donde una redistribución igualitaria de la propiedad ha impulsado notablemente el crecimiento por la vía de la formación de una clase media amplia.

Repito que la existencia de esta relación negativa entre la política igualitaria, o de cualquier otro tipo, y la tasa de crecimiento es, en definitiva, una cuestión empírica. Sin embargo, y meramente para propósitos de ilustración, permítanme suponer que tal relación existe. Entonces, aunque el conflicto sea mínimo, los efectos de estas políticas se harán notar dramáticamente en el plazo de una o dos generaciones. Así, una política que sacrifique un punto de crecimiento durante cincuenta años generará una situación tal que al término de este período los índices de bienestar de la población pudieran ser inferiores a lo que hubieran sido en ausencia de política alguna. La razón es lo que Keynes llamó el poder del interés compuesto en la célebre conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid, en 1930, bajo el título «Posibilidades económicas para nuestros nietos». En ella Keynes calculó que si los beneficios que en 1580 la reina Isabel obtuvo de la expedición de la Golden Hind capitaneada por Sir Francis Drake (el pirata Drake entre nosotros) se componían al 3.25 % anual la cantidad acumulada en 1930 sería igual a la riqueza total de

la Gran Bretaña. (¡Ah, si recordáramos de dónde venían los beneficios de la Golden Hind y pudiéramos pedir un 10 % de indemnización, con intereses!) La conferencia de Keynes es notable porque fue una de las pocas ocasiones en que nos habló del largo plazo. Su actitud hacia éste es bien conocida. Suya es la frase «en el largo plazo todos estamos muertos» (a lo que un cínico añadió que ésta fue la única predicción acertada de Keynes).

La frase de Keynes no es, sin embargo, una frivolidad y me servirá de excusa para introducir un aspecto central del problema de la elección social: el intergeneracional. Así, por ejemplo, el conflicto entre políticas igualitarias y de crecimiento no es un aspecto más del conflicto entre eficiencia e igualdad. Es fundamentalmente un conflicto de distribución puro, pero uno que se plantea entre generaciones. Los perjuicios afectan a las generaciones futuras mientras que las presentes salen favorecidas. Es éste uno de los problemas de elección más difíciles con los que tiene que lidiar el economista. Tan difícil que realmente su discusión es más propia de la filosofía moral. Mi opinión es que en esta cuestión el enfoque positivo será mucho más productivo para el economista que el normativo. La intergeneracional es una situación donde los márgenes de elección social bien pudieran ser muy estrechos. Al fin y al cabo es improbable que las generaciones presentes puedan ser inducidas a sacrificios importantes en favor de las futuras. Por una razón muy simple: las generaciones presentes están representadas en los parlamentos. Las futuras ni lo están ni pueden estarlo.

La dificultad en la coordinación intergeneracional implica que el progreso económico no puede sino desarrollarse a los ritmos y en la forma compatibles con el despliegue de la actividad de generaciones que, como el hombre económico de Adam Smith, no se mueven sino por la búsqueda de su propio bienestar. Sin duda, este bienestar incluye la provisión para la vejez y todos admitiríamos (aunque hay algunas voces discordantes entre los economistas) que también la provisión para los hijos. Estas (y los setenta años bíblicos) constituyen motivos poderosos para ahorrar e históricamente explican dónde hemos llegado. Cuán poderosas sean en un futuro donde los desafíos económicos de naturaleza multigeneracional no parecen ser pocos lo verán nuestros nietos. Quiero, sin embargo, hacer constar que un pesimismo exagerado no sería procedente.

No puedo resistirme a observar que en este respecto la economía se encuentra en situación muy semejante a la de la teoría de la evolución. Los cambios globales no se forman sino por la acumulación de cambios parciales, cada uno de los cuales deben tener sentido por sí mismo. Así, como nos dice Stephen Gould, no hay animales con ruedas porque media rueda no sirve para nada. En economía una generación es la medida del horizonte de sus sujetos. No es una medida corta si uno piensa que en EE.UU. a veces la impresión que el período fuese de tres meses, lo que ya de una declaración de beneficios a la siguiente.

Pasemos ahora de las cuestiones de distribución a las de las de eficiencia. Se supone que los economistas no deberíamos tener grandes problemas en hablar de éstas. En contraste a la distribución éste es nuestro terreno natural. Y sin embargo sostendré la tesis de que el economista analítico de nuestros días vive una situación paradójica. Por un lado dispone, disponemos, de métodos de análisis más poderosos que nunca. Podemos, utilizando una frase que aprendí de Sacristán, profundizar enormemente en el análisis concreto de la situación concreta. Pero, quizá porque las rugosidades de la realidad se hacen entonces aparentes, también son tiempos en que nos faltan convicciones generales.

Permitidme que de ahora en adelante me concentre en el examen de un ejemplo de importancia central: el del mercado competitivo.

Los economistas no podemos sino tener un gran respeto por el funcionamiento del mercado. Es un respeto empírico, nacido, por así decir, de la experiencia misma. ¿Quién puede dudar de la fuerza del mercado observando los impresionantes procesos que viven la China Popular y la URSS, sobre todo la primera? (en la URSS todavía predomina la Glasnost sobre la Perestroika). Por esta razón G. Stigler ha sugerido que los economistas somos inherentemente conservadores. Es éste un enunciado chocante para quien se hizo economista con la esperanza de cambiar el mundo, y aun de asaltar el cielo, pero que tiene su parte de verdad. No es una verdad absoluta pero sí relativa. Tómese cualquier posición política y por regla general los economistas tenderán a estar del lado relativamente menos dirigista.

Es fácil para un economista convertirse en un evangelista del mercado. Pero esa es una actitud esencialmente acientífica. La mentalidad científica es poco propensa a enfocar su actividad como la predicación de una fórmula, por más atractiva que ésta sea. Un espíritu analítico estará más naturalmente inclinado a detectar fronteras empíricas a la aplicación de la lógica del mercado; a constatar que a pocos se nos ocurriría defender que la mejor organización interna de una empresa fuese necesariamente la de un mercado; a señalar que para organizar unos juegos olímpicos (o para conducir una guerra) no hay que descartar la posibilidad de centralizar con mano de hierro; a notar, si es lector de la prensa de los EE.UU., que el impacto de la desregularización sobre el transporte aéreo o el sistema financiero no ha estado libre de problemas. A observar, en fin, que el mercado es a veces exasperantemente lento en llevar a término las reasignaciones de recursos a que el progreso tecnológico obliga. En resumen: el economista analítico exigirá un esfuerzo de reflexión sobre el mercado.

El locus clásico para los inicios de esta reflexión es *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith. Menciono como curiosidad, que recientemente hemos tenido no una sino dos versiones de la misma al castellano y que éstas son las primeras traducciones directas que no han tenido que contemplar el paso por censura. En *La Ri-*

riqueza de las Naciones. Adam Smith nos habló, en frases brillantes y tantas veces repetidas, de cómo una mano invisible asegura que de la búsqueda por cada agente económico de su interés particular surge una situación colectiva beneficiosa para todos. Del caos nace el orden. La interacción no cooperativa lleva a un resultado indistinguible del que obtendríamos si, cuestiones de distribución aparte, todos los actores económicos cooperaran entre sí. A esto se le llama informalmente el Teorema de la mano invisible. No fue Adam Smith el primero en tener estas ideas, ni fue quizá el economista más innovador del siglo XVIII, pero sí fue el que dedicó veinte años de su vida a escribir un tratado, y otro tan brillante como el suyo seguramente no se ha escrito. Escribir con calma es una actividad altamente recomendable. Evidentemente veinte años de trabajo no garantizan una Riqueza de las Naciones, pero ayudan.

La Riqueza de las Naciones presenta, en la terminología de Schumpeter, una gran visión, pero no es todavía una obra de análisis económico. El análisis económico no empezaría sino con David Ricardo (sin matemáticas) y Agustín Cournot (con matemáticas).

Una forma breve de describir lo que es la teoría del equilibrio general es presentarla como la versión analítica del teorema de la mano invisible. No es este el lugar para entrar en detalles. Baste decir que la teoría construye un modelo formal de gran elegancia y enorme economía de hipótesis donde el Teorema de la mano invisible surge como un verdadero teorema en el sentido lógico y matemático del término.

El fundador de la teoría general fue León Walras quien publicó su obra capital en 1874. La siguiente poco después fue Francis Ysidro Edgeworth y Vilfredo Pareto. Edgeworth era de madre española y nos cuenta Keynes que Alfred Marshall decía (a los economistas, no sé por qué, nos encantan los chismes) que «Francis is a very nice guy but beware of Ysidro». Ya en nuestro siglo, han sido muchos los que han labrado el campo del equilibrio general. Podríamos mencionar a John Hicks, Kenneth Arrow, Frank Hahn, Gérard Debreu, Leonid Hurwicz, Lionel McKenzie, etc.

La teoría del equilibrio general, y también la de los juegos, tiene una forma muy matemática aunque su tema central sea completamente clásico. En torno a esto permitirme que haga un par de observaciones un tanto entre paréntesis.

La primera tiene que ver con el uso de las matemáticas. Las matemáticas no pertenecen a la sustancia de la teoría económica, como me imagino que tampoco pertenecen a la sustancia de la física. Samuelson las considera un lenguaje. Yo creo que son algo más: un instrumento difícilmente sustituible. Schumpeter, muy favorable a sus uso, observó que, si uno se empeña, siempre es posible ir andando donde se puede ir en tren. En principio, quizás. Pero en términos prácticos no se puede cruzar Siberia andando. No todos los resultados de la ciencia económica son de en-

vergadura siberiana, pero unas pocas grandes teorías sí lo son: por ejemplo, la teoría moderna de las finanzas, uno de los grandes éxitos de la economía matemática de nuestros días. Pero la pregunta decisiva es: ¿por qué habría que prescindir de las matemáticas? ¿Por qué no utilizarlas? Marshall las utilizaba, pero escondía su uso en la exposición de sus resultados con la esperanza de ser así más accesible a los hombres prácticos. Loable propósito, pero uno que los economistas contemporáneos han resuelto como en todas las demás ciencias: escribiendo en su caso distintas contribuciones para públicos distintos.

La segunda observación concierne al sentido de progreso en la ciencia económica. ¿Doscientos años trabajando sobre el tema del mercado competitivo? ¿No es esto excesivo? Pues no. El esfuerzo ha sido inmenso pero también útil. Hemos profundizado enormemente en nuestra comprensión de lo que está en juego. Pero es cierto: se trata de un tema antiguo. En la ciencia económica los nuevos descubrimientos no se dan con frecuencia, ni las innovaciones conceptuales son anunciadas en la primera página de los periódicos o enviadas por mensajero a la oficina de patentes. Muchas de las ideas son viejas y ya sea impulsadas por el entorno económico o por la lógica interna de las teorías tienden a ir y volver, a desaparecer y reaparecer. Creo, en cambio, que el progreso metodológico es más lineal. Nuestra caja de herramientas es cada vez más sofisticada y ocasionalmente sí se corre a la oficina de patentes. Tener hoy en día una teoría de la realidad económica parecida a la de Ricardo, que publicó sus *Principles* en 1817, es un tanto reduccionista, pero posible. Analizar con la metodología de Ricardo sería aberrante.

Pero volvamos a la teoría del equilibrio general. Como ya he sugerido, la misma no es otra cosa que una estructura lógica coherente, en su esencia un mero enunciado de consistencia: afirma que las propiedades que informalmente se presumen del mercado son compatibles entre sí, que hay un modelo lógico que las realiza. Pero la relevancia de una teoría depende de su interpretación, de su confrontación con la realidad. En esta perspectiva la teoría del equilibrio general tiene dos lecturas posibles.

En una lo que hemos alcanzado no es ni más ni menos que la culminación, y reafirmación, de la visión de Adam Smith. El mercado ha salido airoso de un escrutinio teórico riguroso y profundo. Esta lectura positiva impregna, por ejemplo, la teoría moderna de los mercados financieros.

Pero hay otra lectura, muy identificada con la labor de Kenneth Arrow y Frank Hahn, que es más negativa. En ésta se pone el acento en que al convertirse el Teorema de la mano invisible en un auténtico teorema matemático, depende ahora de unas hipótesis, hipótesis que si no se cumplen no hay teorema. De esta forma, cada hipótesis es un foco de luz que nos llama la atención sobre una condición necesaria para el funcionamiento de la mano invisible. Nos identifica en suma un fallo poten-

cial del mercado. Lo que era implícito en Adam Smith es ahora explícito y lo que se hace pronto evidente es que no siempre estas condiciones necesarias son lo razonables que uno quisiera.

Para ser concreto permítidme explorar una de ellas. En honor a los orígenes de la Fundación Celma Prieto escogeré el principio de universalidad de los mercados de riesgos. En pocas palabras el Teorema requiere para su validez la presencia de mercados y transacciones de seguro para cualquier riesgo concebible. Dadas las obvias asimetrías en el conocimiento de las estructuras de riesgos, no es, sin embargo, muy plausible suponer que tal multiplicidad exista. Considérese, por ejemplo, la innovación tecnológica. Una asignación eficiente de recursos requiere que los beneficios de un descubrimiento científico o técnico vayan a quien realiza el esfuerzo investigador. Esto es ya de por sí bien difícil pero la legislación de patentes resuelve en parte el problema. Pero sólo en parte. Para garantizar que las empresas realicen un esfuerzo investigador de magnitud apropiada, y teniendo en cuenta que la investigación es una actividad con riesgo (incluido el riesgo de no ser el primero en llegar a la meta), es preciso que las empresas puedan asegurarse contra el fracaso de sus proyectos de investigación. Pero estos contratos de seguro no pueden existir. ¿Qué compañía de seguros me asegurará a mí contra el riesgo de que dedique seis meses de esfuerzo investigador al tema «juegos markovianos de información incompleta» y no me salga nada? Habrá siete u ocho expertos en el mundo que podrán juzgar si mi proyecto es sensato, pero ¿quién que no sea yo puede saber si mi esfuerzo es genuino? No, estas pólizas no pueden existir, no son compatibles con la viabilidad financiera de la industria aseguradora. Me temo que si existieran no estaríamos aquí. No habría Fundación Celma Prieto. Al menos en esta dirección la realidad del sistema de mercado dista mucho de ajustarse al modelo ideal de la teoría del equilibrio general.

La teoría del equilibrio general ha sido profundizada en una gran diversidad de direcciones, pero a medida que nuestros telescopios (o microscopios, no sé cual es la analogía apropiada) se han ido haciendo más potentes el horizonte de condiciones necesarias para la competencia perfecta no ha hecho más que retroceder. Cada vez más la teoría aparece no como un modelo simplificado de la realidad sino como un punto de referencia lógico, un principio de organización conceptual análogo a la teoría de los gases perfectos. Es un hecho, y una situación cuando menos paradójica, que alguien sin simpatías instintivas por el mercado puede vivir muy cómodamente en el seno de la teoría moderna del equilibrio general. Esto no es completamente nuevo. Ya en los años treinta Oskar Lange propuso un modelo riguroso de economía socialista por el simple procedimiento de metamorfosearla en una economía de equilibrio general a la Walras.

La paradoja no se ha desdibujado, sino al contrario, con la expansión de la metodología propia de la teoría de los juegos. Seguramente los economistas y las revistas sensacionalistas somos los únicos en tratar como juegos las incidencias de las

vidas económica y financiera. Quizá el término «juego» sea históricamente poco afortunado, pero quisiera subrayar que la intención y los objetivos de la teoría son profundamente serios. La teoría es de origen matemático y fue inventada principalmente por J. von Neumann, uno de los genios de la matemática de este siglo. Fue propuesta a los economistas en 1944 en un tratado conjunto con el economista O. Morgenstern. Pero no prendió como metodología básica de la teoría económica hasta mediados de los años sesenta. No entraré ahora a explicar el porqué de este retraso. Diré simplemente que la teoría de los juegos tuvo que esperar a que la del equilibrio general alcanzara, o mejor exhibiera, sus límites para que se hiciera evidente que constituía el instrumento justo para empujar la frontera de la investigación más allá de esos límites.

El punto de partida de la teoría de los juegos es la misma que la de Adam Smith: la sociedad está compuesta por miembros que no persiguen otra cosa que su propio interés. Estos intereses están parcialmente contrapuestos. Pero sólo parcialmente. La cooperación es en principio beneficiosa. Pero la distribución de los beneficios de la cooperación, si ésta tiene lugar, no está predeterminada.

¿Qué queda del Teorema de la mano invisible en esta economía analítica moderna profundamente influenciada por la teoría de los juegos? Es demasiado pronto para dar respuestas definitivas. Pero una respuesta provisional es que de momento queda bien poco. Es extraordinariamente difícil desde la perspectiva de la teoría de los juegos asegurar que del caos surge el orden, que la acción descentralizada y no cooperativa de los actores económicos se transmuta en un resultado que a todos los efectos es como el cooperativo. Por supuesto los teoremas del equilibrio general continúan siendo interpretables en el marco más general pero aparecen como casos límites y singulares. Los fallos del mercado son ahora la vida misma, no imperfecciones de un ideal. El mundo de la teoría de los juegos (quizá deba decir de su parte descriptiva) es el de las autopistas congestionadas, el de la destrucción de las selvas amazónicas o el de los conflictos sobre reparto de ganancias que frustran la posibilidad de cooperación. La teoría de los juegos se siente mucho más cómoda explicando cómo un sistema de contribuciones voluntarias a la provisión de bienes públicos conducirá a una situación de precariedad en la disponibilidad de los mismos que explicándonos por qué en una subasta el objeto subastado se lo llevará quien lo valore más. Resumiendo: la mano invisible no es un tema central de la teoría de los juegos (uno se pregunta si no será por esto que no fue inventada por economistas). De hecho cuando la cooperación emerge como resultado necesario de la no cooperación tiende a ser por la acción de manos visibles, típicamente las de un economista diseñando nuevos mecanismos económicos.

Como con la lectura negativa de la teoría del equilibrio general, la teoría de los juegos, en algún sentido su continuación lógica, nos proporciona un cierto antídoto al optimismo smithiano y es posible, si uno así lo desea, dar una lectura beligerante-

mente intervencionista a muchas de sus conclusiones. Pero esto sería desproporcionado. En primer lugar, porque la teoría no está cerrada y podría pensarse que su dificultad en generar un teorema de la mano invisible es un problema de la teoría y no de la realidad. De hecho son muchos los investigadores que piensan que así es y que éste constituye uno de los problemas centrales de la teoría de los juegos que queda por resolver. Para especialistas añadiré que la teoría es particularmente precaria en todo lo que concierne a los incentivos para formar coaliciones. En segundo lugar, porque lo que la teoría de los juegos nos enseña no es tanto que la cooperación no sea posible como que todo es posible. Desgraciadamente éste es un mensaje claro del análisis más reciente: la falta de conclusiones generales. El «puede ser» y «todo depende» abunda en los artículos de economía. Pocos fenómenos pueden eliminarse por consideraciones abstractas. Esta es una situación altamente insatisfactoria para un teórico, puesto que a éste no le cabe sino reconocer que la delicada tarea de privilegiar unas hipótesis sobre otras dependerá de lo sensatas que sean las conclusiones obtenidas. Diré más: la faceta empírica de la ciencia económica añade a su misión tradicional de estimar los parámetros de las teorías una responsabilidad mayor en la propia selección entre teorías alternativas.

Una interesante ilustración de lo anterior la tenemos en el tema del librecambio. En el mundo de hoy la ideología del economista medio es predominantemente librecambista. Pocos economistas encontraréis que, por ejemplo, no piensen que detrás del proteccionismo agrario de los EE.UU. o de la Comunidad Europea hay simplemente la defensa de intereses muy estrechos. Este estado de opinión va más allá de los economistas (que después de todo han sido tradicionalmente librecambistas). En Cataluña, por ejemplo, la transformación intelectual ha sido extraordinaria. En el pasado el librecambio era considerado una patología. Hoy alguien que fuera ideológicamente proteccionista sería visto como una curiosidad (yo no conozco ninguno). Y sin embargo, el hecho es que nunca la alta teoría ha sido tan poco concluyente librecambista como en la actualidad. En la nueva teoría del comercio internacional, plagada de oligopolios y de tomas de posición estratégicas, literalmente todo puede ocurrir. Si los economistas siguen manteniendo un frente sólidamente librecambista es por un ejercicio elemental de prudencia y también porque no hay un principio director claro con que sustituirlo. Una nueva teoría general no ha cristalizado, ni está en el horizonte. Quién sabe, cuando lo haga quizá sea después de todo de carácter inequívocamente librecambista. El tiempo lo dirá.

Pocas cosas hay que proporcionen más placer a un economista analítico moderno que descubrir un fallo del mercado que ningún otro teórico haya advertido anteriormente. Como ya he dicho y repetido, la historia reciente de las teorías del equilibrio general y de los juegos ha dado amplio campo para estos descubrimientos. En estas condiciones difícilmente podrá ser el economista analítico moderno un apoloquista instintivo del mercado competitivo. Por naturaleza tenderá a ser un moderado. Pedirá, por así decirlo, que el mercado revalide su eficiencia caso por caso, y



examinará con gran cuidado el detalle de su estructura. Esto es exactamente lo que debe hacer. La eficiencia del mercado no puede tomarse por descontado. Sin embargo, el buen economista analítico de hoy tendrá también tres virtudes.

La primera es la suficiente sensatez y ecuanimidad para reconocer el prodigioso éxito del sistema de mercado. Este se ha revalidado muchas veces, lo cual debe pesar, y mucho, a la hora de añadir prudencia a sus juicios.

La segunda es la honestidad de no convertir la falta de conclusiones firmes de la teoría económica contemporánea en un instrumento de combate para librar batallas de poca importancia. Me refiero, claro está, a que hoy en día es posible argumentar cualquier cosa: con instrumentos que nos exhiben las rugosidades de la realidad siempre es posible encontrar pendientes para arriba y pendientes para abajo.

En tercer lugar, el economista analítico de hoy debe tener la lucidez necesaria para reconocer que sus teorías no están terminadas y que el agnosticismo imperante puede no reflejar otra cosa que su carácter inacabado. En particular se echa en falta, aunque se trabaja en ello, ampliar el marco de análisis a un contexto más general que el estrictamente económico, uno que, por ejemplo, nos permitiera incorporar más plenamente la instancia política.

No siquiera que estas recomendaciones de sensatez, honestidad y lucidez se entendieran en clave de tristeza o resignación. ¿A qué espíritu científico podría satisfacerle tener todas las respuestas? Quizá para la sociedad fuera cosa buena que a la ciencia económica no le quedaran secretos por desvelar. Permitidme, sin embargo, adoptar la perspectiva del economista profesional y manifestar mi ilusión y entusiasmo al constatar que nuestra disciplina no está cerrada. Lo que queda por entender y hacer va mucho más allá de la aplicación de unos principios inmutables a un realidad cambiante, lo que de por sí no sería poco. En la conferencia del Ateneo de Madrid, Keynes sugirió que en los tiempos de sus nietos no quedaría a los economistas otra tarea que la propia de una dentista. Con todos mis respetos a los odontólogos, Keynes se equivocó en, al menos, un par de generaciones y, al paso que vamos, el economista en mí, que no el ciudadano, se alegra de pensar que en algunas más.

Madrid, 24 de enero de 1989.